

Rafael Cadenas

Un momento separado de todos los momentos

Adolfo Castañón

En días recientes le fue concedido el Premio FIL de Literatura y Lenguas Romances 2009 a Rafael Cadenas. Adolfo Castañón, en su discurso de entrega de este galardón, nos otorga en este texto una semblanza del gran poeta venezolano.

No es tarea sencilla seguir los pasos de Rafael Cadenas González, nacido en Barquisimeto, Venezuela, el 8 de abril de 1930 —cinco años antes de que muriera el dictador Juan Vicente Gómez y hubiese en la ciudad algunos disturbios. Es autor de una obra poética tensa y concentrada y que se desdobra a su vez en una obra ensayística y crítica y aun se diría filosófica que la envuelve y abriga como un cuerpo paralelo. Se pueden encarar, de un lado, las circunstancias de su longevidad: registrar su infancia en aquella provinciana ciudad de Barquisimeto —“que a lo largo de la historia ha sido uno de los centros culturales de aquel país” y que desde 1833 contó con un periódico diario: *El Impulso*—,¹ en el estado de Lara, Venezuela, ceñida por verdes frondas —como son las de

los parques Ayacucho, Bararida y, en las afueras, el bosque Macuto y el Mirador en el cerro Manzano— y próxima a un pequeño río, aunque situada en una región de vastos y áridos territorios. La de la antigua Nueva Segovia, hoy Barquisimeto, es una topografía encrucijada y estratégica, crucero y eje de diversos paisajes, ámbito del que, como ha sabido indicar el narrador José Balza, participa su propia obra poética que cabe cifrar en las imágenes del páramo desierto de suelos calcáreos, escasas precipitaciones pluviales y vegetación xerófito y del feraz oasis. En 1936, la ciudad tenía 36,429 habitantes, uno de ellos era el niño taciturno que sabía hacerse querer y cuyos deseos se cumplían como de milagro sin que él apenas abriera la boca. Cabe evocar la silueta de un padre viajero y dedicado al comercio que lleva libros y revistas a aquella casona de Barquisimeto donde se abre el germen entusiasta de la lectura y de la escritura en

¹ *Diccionario de Historia de Venezuela*, Fundación Polar, Caracas, 1988, tomo I [A-D], p. 317.



Ceremonia de entrega del Premio FIL de Literatura y Lenguas Romances a Rafael Cadenas con la presencia de Consuelo Sáizar, José Narro, Antonio Villaraigosa y Alonso Lujambio, entre otros

aquel niño despierto que crece envuelto por la afectuosa sombra de los padres y por una red de hermanos, primos, tíos —con quienes jugaba *baseball* en el patio de la casa—, incluida una suerte de nodriza o aya indígena, que gravitan en aquella residencia solariega donde el niño precoz, ya desde los doce años, pasa al estado escrito las cartas dirigidas al gobierno pidiendo una pensión por los servicios prestados que su abuelo, general, militar relegado y castigado por la pobreza, le va dictando al niño al par que le cuenta anécdotas sobre su propia vida accidentada y le refiere, argumentos de obras —*Hamlet*, *Don Juan Tenorio*, *Los miserables*— que él salía a comprar luego a la librería de la ciudad. A esos años que la distancia volvió íntimos, habrá que remontar algunas de las voces iniciales, de los rasgos sintácticos e ideas recurrentes que conformarán su fisonomía verbal por venir. Su infancia concluye al trasladarse a Caracas donde ingresa a la universidad, participa en la oposición a la dictadura y milita como algunos otros jóvenes de entonces en el Partido Comunista. Pronto y a pulso, se gana el destierro que transcurre en la animada Isla de Trinidad. Aunque el lugar no está muy lejos, la isla del Caribe donde predomina la cultura británica será una verdadera expatriación. Desarraigo decisivo. De ahí saldrán sus dos primeros deslumbrantes libros de juventud: *Una isla* (1958), publicado a los veintiocho años, y *Los cuadernos del destierro* (1960) publicado a los treinta, aunque hay que decir que, ya en 1946 un Rafael Cadenas, poeta-niño de dieciséis años, daba a la estampa una *plquette* de catorce páginas —incontrable— titulada *Cantos iniciales*. El destino en la isla de Trinidad no será áspero sino benéfico para su formación. Ahí

cristalizarán las herramientas lingüísticas que, en adelante, le allanarán el camino real de la poesía y la literatura escrita en inglés. Al trasladarse a Caracas, dará cursos sobre algunos poetas norteamericanos y españoles en la Universidad Central de Venezuela; que no sólo enseñará sino que sabrá apropiarse de obras y voces en un sentido radical a través de las traducciones y lecturas de Robert Graves, Robert Creeley, D.H. Lawrence, Walt Whitman, John Keats, William Blake, Nijinsky, Pessoa, Cavafis, entre muchos otros autores. Al igual que Stéphane Mallarmé y James Joyce, Rafael Cadenas se fraguará como poeta a la par que da cursos de lengua inglesa. También en Trinidad, aquella isla cosmopolita, continuará el aprendizaje del francés y se acercará a las obras de Saint-John Perse —otro escritor nacido en el Caribe— y de Victor Segalen, el secreto amigo de China. De este último traducirá algunos poemas.

Ana Nuño, la crítica venezolana, ha señalado con perspicacia cómo en estos dos primeros libros Cadenas “además agota los registros de un yo lírico expansivo, platónico, proliferante, hijo más o menos declarado de Whitman”.² Esta “primera persona” o “primera máscara” del sujeto elocuente figurado por Cadenas procederá a hacer el inventario del paisaje poético que más lo toca y en esa suerte de repaso testamentario del poeta y su paisaje sigue la consigna de T.S. Eliot: “Set my lands in order”. Deslinde deslumbrante de lo que deslumbra, *Los cuadernos del destierro* aspiran a romper con la ruptura, a desafiar el desafío fácil y exaltado que se embria-

² Ana Nuño en Rafael Cadenas, *Antología*, Visor, p. 9.

ga con su propia marginalidad. De ahí la ambigüedad de la recepción clamorosa que suscitó este poemario saludado tanto como un *non plus ultra* de las *Iluminaciones* de Rimbaud, leídas por Ramos Sucre, como descartado por parecer un suntuoso andamiaje no exento de arcaísmo:

Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor. Pero mi raza era de distinto linaje. Escrito está y lo saben —o lo suponen— quienes se ocupan en leer signos no expresamente manifestados, que su austeridad tenía carácter proverbial. Era dable advertirla, hurgando un poco en la historia de los derrumbes humanos, en los portones de sus casas, en sus trajes, en sus vocablos. De ella me viene el gusto por las alcobas sombrías, las puertas a medio cerrar, los muebles primorosamente labrados, los sótanos guarnecidos, las cuevas fatigantes, los naipes donde el rostro de un rey como en exilio se fastidia.

Mis antepasados no habían danzado jamás a la luz de la luna, eran incapaces de leer las señales de las aves en el cielo como oscuros mandamientos de exterminio, desconocían el valor de los eximios fastos terrenales, eran inermes ante las maldiciones e ineptos para comprender las magnas ceremonias que las crónicas de mi pueblo registran con minucia, en rudo pero vigoroso estilo.

¡Ah!, yo descendía de bárbaros que habían robado de naciones adyacentes cierto pulimento de modos, pero mi suerte estaba decidida por sacerdotes semisalvajes que pronosticaban, ataviados de túnicas bermejas, desde unas rocas asombradas por gigantes palmeras.

Pero ellos —mis antepasados— si estaban ahrojados por rigideces inmemoriales en punto a espíritu, eran elásticos, raudos y seguros de cuerpo.

Yo no heredé sus virtudes.

Soy desmañado, camino lentamente y balanceándome por los hombros y adelantando, no torpe, mas sí con moroso movimiento un pie, después otro; la silenciosa locura me guarda de la molición manteniéndome alerta como el soldado fiel a quien encomiendan la custodia de su destacamento, y como un matiz, sobrevivo en la indecisión.

Sin embargo, creía estar signado por altas empresas que con el tiempo me derribarían.³

Publicado en 1966, a los treinta y seis años y una década después de haber regresado a Venezuela de su des-

tierro, *Falsas maniobras* inicia la primera madurez del poeta. El título es elocuente de la auto-conciencia y de la implacable severidad que anima al sujeto verbal del nuevo poemario. *Falsas maniobras*: la fórmula puede evocar el mundo de la guerra donde se hacen *falsas maniobras* para distraer o divertir al enemigo. De ahí el pre-gusto irónico que permea los poemas del libro. *Falsas maniobras*: el título expresa la conciencia que el poeta —o su yo poético— tiene de la retórica, de la maquinaria y la maquinación literaria que, por lo demás, en el terreno de la prosa de ficción ha sentado sus reales en los espacios enrarecidos de la narrativa de vanguardia que le es coetánea a Cadenas, como en la novela *País portátil* de Adriano González de León (1968). Los veintitrés poemas que arman este escenario o paisaje de las batallas interiores de la auto-observación ya están marcados por lo que podría llamarse los sacudimientos del inminente segundo nacimiento del poeta; señalados por los temblores de la segunda persona de este Rafael de arcángelico y terapéutico nombre (Rafael: “El sanador”) que no en vano se apellida en plural. Rafael: el que salva de las cadenas. En la nueva gramática se advierten ecos de la lectura acuciosa y entrañada de los *Diarios* de Franz Kafka y de Soren Kierkegaard. También empiezan a aflorar las huellas frescas de la lección religiosa y



Rafael Cadenas

³ Rafael Cadenas, *Obra entera. Poesía y prosa (1958-1995)*, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, México, 2000, pp. 63-64.

de la lectura de textos de budismo-zen, como evidencian los poemas titulados “Mirar”:⁴

Veo otra ruta, la ruta del instante, la ruta de la atención, despierta, incisiva, ¡sagitaria!, pico de víscera, diamante extremo, halcón, ruta relámpago, ruta de mil ojos, ruta de magnificencia, ruta de línea que va al sol, reflejo del rayo *vigilancia*, del rayo *ahora*, del rayo *esto*, ruta real con su legión de frutos vivos cuyo remate es ese lugar en todas partes y ninguna

y “Satori”:⁵

Boguemos.

Hay trirremes, nubes de insectos, una playa con un loro, cerca.

El tesoro no nos aguarda.

Ha de ser en este instante.

Ya.

Relámpago.

Boguemos.

Bajo cualquier conjunción, doblados sobre la borda o dormidos.

⁴ “Mirar”, *op. cit.*, p. 128.

⁵ “Satori”, *op. cit.*, pp. 129-130.



© Javier Narváez

De repente un día ¡el día!
Un viraje, un golpe seco, un lamido de brillante
ola nos lanza a donde es.

Boguemos.

¿Llegamos o no llegamos?

Olores, olores de tierra escondida, pintura fresca,
tuétano.

Un impulso más.

¡Up, up!

Boguemos.

¿Dónde está la botella, la botella con el mensaje?

Ahí, ahí va.

Atraca ahora, amarra ahora.

En cualquier punto (pero que sea un punto).

Una orilla inventada.

Una gran oreja

que inscribirán al poeta —o a su discurso— en una familia de otros cantores hispanoamericanos también atraídos por la lección budista como pueden ser Amado Nervo, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Sergio Mondragón, Elsa Cross, Alberto Blanco, José Kozler, Severo Sarduy, por sólo mencionar algunos. Y sorpresa: en *Falsas maniobras* aparece, claro y rotundo, el sentido del humor, la risa con que según Max Brod —citado por Gilles Deleuze— Franz Kafka sabía leer algunos de sus cuentos. Así se autorretrata, entre corrosivo y compasivo, este aspirante a santo que practica la meditación en un suburbio caraqueño:

“Mi pequeño gimnasio”⁶

Consta de una almohadilla que golpeo con acompañamiento musical.

Un saco de arena donde descargo todo el peso de la calle.

Una esterilla para hacer contorsiones que producen olvido.

Un hueco en triángulo donde me oculto para no ver.

Una cuerda donde me castigo por toda la prudencia del día.

Un artefacto en forma de O en el que me doblo para evitar los reclamos de mi conciencia.

Una barra horizontal sobre la cual me río de mis intenciones.

⁶ “Mi pequeño gimnasio”, *op. cit.*, pp. 114-115.



© Javier Navariz

Con José Emilio Pacheco en la FIL

Una tabla donde doy golpes innecesarios que podrían estar mejor dirigidos.

Un pequeño extensor de idiota que me estira por todos los frutos que no tomé, los actos que no hice, las palabras que no me atrevía a decir.

Una sogá donde extorsiono mi brazo derecho por todas mis indecisiones, olvidos, cambios.

El resto lo compone el ajuar ordinario de todo deportista. Los ejercicios son efectuados en la oscuridad. Por vergüenza no admito espectadores. (El descontento sordo, por otra parte, ahogaría al que osara entrar).

Soy de todas maneras un aprendiz. No he podido alcanzar mis rodillas con la frente, todavía me es imposible arquearme hacia atrás hasta tocar el suelo, tampoco logro pararme sobre las manos.

Algunas veces el exceso de pesadez me vuelve ridículo. (Me recuerdo en lamentables posiciones y siento dolor). A pesar de mis esfuerzos sigo siendo carnal, rudo, indisciplinado.

En el fondo los ejercicios están enderezados a hacer de mí un hombre racional, que viva con precisión y burle los laberintos.

En clave, persiguen mi transformación en Hombre Número Tal.

Llanamente y en mi intimidad, espero con ellos dejar de ser absurdo.

Falsas maniobras contiene además otros autorretratos, otras viñetas donde el poeta pone al descubierto las herramientas de su taller entrañado. El contemplador

contemplado se pone ante el espejo y con el título “Imago” que evoca tanto a José Lezama Lima como a la psicología de Carl Gustav Jung y el léxico de la alquimia pasa al estado escrito estos protocolos del auto-diagnóstico:⁷

Cuando un rostro se vuelve amenazante, lo desdibujo pacientemente.

Empiezo con sus líneas, después me dedico a las sombras y dejo para el final sus sutiles celadas. Sólo trato de desarmar la figura.

Hay que impedir que mire desde su centro dinámico, quitarle ese halo de imán que desquicia, volverlo una mancha.

De noche practico esta cautela. Me acerco al rostro, recuerdo todos los incidentes, tomo un trapo húmedo, ordinario, maligno con el que deshago suavemente el dibujo.

Cuando el cielo vuelve a ser blanco ya no queda nada.

En realidad no destruyo el rostro; lo suavizo y me pliego.

Aprendo a convivir con él.

Es el recurso basto de quien exagera todas las líneas.

No es un trabajo fácil. Requiere un gran desasimiento. El apego, el apego es el enemigo. Con sus gomas alocadas da qué hacer.

⁷ “Imago”, *op. cit.*, p. 117.



Rafael Cadenas con Adolfo Castañón

Produce anexiones, pueriles violencias, enrarecimiento del aire.

Uso un procedimiento rudimentario, el que está a mi alcance, pues soy tosco.

Tuve que idear este método, extraño a mi ser, en una difícil época. Fue al término de una crisis.

Acababa de dejar la cáscara. La imaginación se había agotado.

Sólo quedaban los objetos, los firmes objetos.

El motivo del desollamiento recorre la obra de Rafael Cadenas, como ha sabido ver con agudeza el poeta colombiano Darío Jaramillo Agudelo quien invita a leer “El monstruo” como una descripción conversada, casual y *nonchalante* del desollamiento:

“El monstruo”⁸

El hombre sin piel se levanta tarde, evita los comunes tropiezos, rehúye toda relación.

Cualquier rozamiento, que en nosotros no pasa de producir cierta sensación de pérdida, a él se le puede transformar en un desarreglo prolongado. No es hombre de una pieza sino una máquina al desnudo con todos sus engranajes, mecanismos, trucos descubiertos.

Como las sensaciones no le llegan atemperadas sino de lleno se puede decir concisamente que vive a boca de jarro.

Sin métodos, sin rodeos, sin etapas, tal como vienen las recibe.

⁸ “El monstruo”, *op. cit.*, pp. 109-112.

Lo que él entrega también se produce así, sin más intermediario que el aire.

Ni siquiera el lenguaje mitigador, que desarma, que embota, que oculta, quitando poder a las cosas, le sirve para nada porque vive en significados.

No usa amortiguadores: habita en ondas drásticas que a nosotros nos parecerían devastadoras.

Sin embargo, este hombre incompleto puede servir y ha servido de medida probable para calibrar cualquier normalidad, someterla a juicio y decidir si es suficientemente cruel, como para admitirla, aunque los fallos pecan de exigentes.

Sin él darse cuenta suele enredarse, sufre malentendidos hasta jocosos, es víctima de equívocos en situaciones corrientes.

(...)

Este hombre inconcluso se desenvuelve con cierta soltura. Resulta difícil reconocerlo a simple vista.

Es conmovedoramente común.

La falta de piel, la piel adiestrada, la piel enseñada en los duros textos, lo que le da una cualidad ilimitada, pero lo hace fácilmente expugnable.

Aunque tiene acceso a lugares donde sólo se llega desguarnecido, es fácil presa de todas las invasiones, está hecho para recibir de frente la inseguridad, y tiende a lacerarse más de lo que acepta la puesta.

Falsas maniobras se alza como un libro intersticial en cuyas esclusas se acaudalará la obra entera por venir y se conservarán intactas pero purificadas, eslabonadas, las

abrasivas raigambres inaugurales de su primera manera, de su primera persona.

A partir de *Intemperies*, se irá pronunciando el triple sendero que recorre Cadenas: en primer término el refinamiento del proceso introspectivo que lo lleva a ver y traducir con precisión y exactitud los modos en que la conciencia se replica sin perder nunca de vista la puntuación de una exigencia interior de limpieza y pulcritud; en una segunda instancia y derivada de la anterior, se va a delinear el proyecto de una escritura que se sabe humildemente amanuense de un Logos celoso del lugar de la palabra en la vida y en la cultura; en tercer lugar y, desprendiéndose de los dos movimientos anteriores, un arranque amoroso y devoto hacia la Bella Despiadada, La Señora de la palabra de la que el poeta se siente y se vive como un humildísimo celador. Si Barquisimeto es ciudad devota de la Divina Pastora, Cadenas ronda y ruega en torno a esa otra Pastora inasible —la Beatriz interior— que es la Diosa Blanca, la compasiva y despiadada Señora del Silencio y del Lenguaje que gobierna las obras poéticas de otros autores hispanoamericanos afines a Rafael Cadenas como pueden ser Alberto Girri, Roberto Juarroz y Emilio Adolfo Westphalen por la lúcida voracidad de su concisión. Este proceso culminará en *Nupcias* (1975) y en *Amante* (1975).

La amorosa iniciación —que evoca el espectro del poeta romántico lituano O.V. Milosz— participa de una carga hermética y mística. Bajo su luz, podrá el poeta ir reuniendo los fragmentos de su mundo interior y reajustar y reconciliar los del exterior a través de una cartografía de los afectos, una *carte du tendre* al estilo de la de Madame Scudéry que le permitirá ir más allá del nihilismo y de la incredulidad. Esto permitirá escribir un “Después de abandonar el Valle del Desaliento” que no deja de recordar —en pagano modo— el *Progreso del peregrino* del escritor protestante John Bunyan:

Después de abandonar el Valle del Desaliento
—nigredo cruel—
su decir
se hizo

ofrenda⁹

Estas diligencias, estas *Gestiones* —como dirá otro título— apuntan hacia una silenciosa eficiencia cuyo fruto o resultado no será el gesto sino el acrecentamiento del ser, la plenitud o entereza cuya señal o síntoma es el poema, la palabra resuelta a deslindar a cada paso el deseo de la imagen para acceder al lugar del canto.

La tarea poética de Rafael Cadenas se asume como un oficio ético —“nuestra tarea es despertar”, reite-

ra—, como un hacer y decir lo que es; este enunciar lo que la palabra de la cual se es portador quiere que se diga es uno de los rasgos de la identidad profética, de la identidad inspirada por lo que tan equívocamente se llama mística. No extraña que Cadenas —autor de una sólida obra poética que se acompaña de una consistente creación ensayística— se haya interesado por la figura de Juan de Yepes, mejor conocido como San Juan de la Cruz y autor de un *Cántico espiritual*, y que la poesía de los últimos libros de Rafael Cadenas —desvelados por la búsqueda de una espiritualidad terrena como ha sabido señalar su compatriota Gustavo Guerrero— merodee esos espacios sublimes o inaferrables que cultiva y asedia desde una actitud interior —la disponibilidad atenta— que no deja de recordar cierta poesía mística del Islam, como la de los poemas de Rumi o en la tradición occidental los libros de los quietistas como el conocido escritor anónimo del siglo XVIII *L'Abandon à la Providence Divine d'une dame de Lorraine au XVIII siècle Suivi des Lettres Spirituelles de Jean-Pierre de Caussade à cette dame*.¹⁰ Tampoco extraña que la figura rotunda del escritor vienés Karl Kraus anime con su vivacidad y fuego el alzado vuelo así de la poesía como de la crítica practicada por el venezolano. Vuelo, nos diría el poeta, que es una de las pocas formas de resistencia. En ese horizonte, sus reflexiones sobre la mala, y se diría voluntariamente maligna, y perversa enseñanza de la poesía y de la literatura en las Américas españolas es acertada y si cabe adelantada dentro de lo desalentador de sus diagnósticos y se inscribe en otra tradición hispanoamericana, preocupada por el bien leer y bien escribir que va de Pedro y Camila Henríquez Ureña a Alfonso Reyes y de Octavio Paz a Gabriel Zaid.

En forma creciente y casi se diría ineluctable, Rafael Cadenas va alzando poemas como lámparas votivas a “Donne”, “Mandelstam”, “Arquíloco”, “Rilke”, nombres de poetas que a nuestro cantor se le vuelven, más que talismanes, lugares cruciales, lugares por alcanzar, a los cuales aferrarse para poder alentar o con los cuales dialogar, es decir, ángulos de la sensibilidad estética y moral que delinear la partitura del porvenir. Lugares de libertad interior donde es posible respirar fuera del opresivo y agobiante mundo. Pues ésta es la poderosa tendencia que señala la palabra poética de Cadenas: el texto persuade al lector pues lo convence de su otredad irreductible ayudándolo a reconciliarse con ella y en ella. El premio concedido por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara a Rafael Cadenas es acaso un indicio de que una pared hecha de comas bien puestas se alza como el muro más firme de la casa por venir. ■

¹⁰ Edición crítica establecida por Jacques Gagey, Editorial Jérôme Millon, Grenoble, 2001.

⁹ *Op. cit.*, p. 349.